

*Estimada Comunidad Universitaria,*

Este año nuestra Universidad cumple 80 años, y es un motivo de orgullo para la comunidad que la integra ser testigos de tan destacado acontecimiento. Testigos y a la vez actores vivos de este proceso de constante transformación y desarrollo. Una Universidad compleja como la nuestra, con un pasado rico en hitos y hechos memorables que la hacen sutilmente distinta a otras de su especie. Pero también con un futuro no menos auspicioso. Ciencia y verdad: he ahí los dos astros que en el cielo del ideal, señalan el derrotero de nuestra Universidad. La Pontificia Universidad Católica de Valparaíso está llamada a ser pilar fundamental tanto de la difusión del saber como también de su creación; es así como el desafío que se presenta es estar nuevamente a la vanguardia en materia de Educación Superior.

No es posible entender los cambios producidos dentro de la enseñanza sin al mismo tiempo tener la referencia permanente de lo sucedido en el conjunto de las estructuras sociales, económicas y políticas del país y a los cambios producidos en el entorno y contexto internacional.

Una visión general de las principales tendencias globales muestra una serie de procesos concurrentes, a veces contradictorios, de: democratización, globalización, regionalización, polarización, marginalización y fragmentación. Todos estos procesos están relacionados con el desarrollo de la educación superior y exigen respuestas adecuadas por parte de ésta. La pertinencia de la educación superior es considerada ante todo en términos de su papel y lugar en la sociedad, sus funciones con respecto a la enseñanza, la investigación y los servicios resultantes, así como en términos de sus vínculos con el mundo del trabajo en un sentido amplio, las relaciones con el Estado y el financiamiento público, y las interacciones con otros niveles y formas de educación.

Es capital hoy en día en Chile hablar de Educación y entender cual es el sentido de esta. A simple vista se nos presentan distintas aristas: podemos hablar de calidad de educación; podemos hablar de su institucionalidad; y del financiamiento de esta.

La calidad ha llegado a ser una de las preocupaciones fundamentales de la educación superior. A partir de esta tenemos que tener un currículum pertinente a los vertiginosos cambios y desafíos que la sociedad del conocimiento nos presenta. En ese orden la Universidad debe jugar un rol como fuente de conocimiento, entregando una formación no sólo reproductora sino también creadora del saber. Es así como hoy día resulta importante ejecutar tres puntos que como estudiantes planteamos en la pasada Convención, y que convergen con los que la Universidad ha plasmado en su plan de desarrollo estratégico: el segundo idioma, la evaluación docente, y la flexibilidad curricular; ejes claves al momento de cumplir con los requisitos y exigencias que impone el sistema de acreditación institucional y de unidades académicas.

Hoy en día podemos caracterizar la Universidad de distintas formas. La Universidad por una parte es empresa, y desde esta perspectiva debemos atender a un funcionamiento eficiente en el manejo de los recursos provenientes de fuentes estatales y privadas.

Por otra parte la Universidad es institución, es así como esta se da un especial sistema de gobierno, en donde no sólo tienen que estar presentes los académicos, los estudiantes y los trabajadores. Debemos apuntar a la búsqueda de un sistema que no se limite a la presencia de actores internos, observando la tendencia mundial de generar sistemas de gobierno universitario multidisciplinario e inclusivo, en el que estén presentes las visiones que dé cuenta de lo que pasa fuera de las aulas. Egresados, actores sociales, representantes del mundo político y empresarial, como también de la Iglesia deben integrar los nuevos espacios que requiere el gobierno universitario.

Finalmente caracterizamos la Universidad como organización formadora de líderes para la sociedad, con una visión de país y de vocación pública, concepto que hemos tratado de buscar como estudiantes. Más allá de la naturaleza jurídica de la Universidad, sea esta estatal o privada como la nuestra, el sentido de lo público dice relación con cuestiones tan trascendentes como la democratización del conocimiento, la generación de líderes para una sociedad, formar parte de una estrategia de desarrollo nacional con vocación regional; en definitiva, la formación de estudiantes protagonistas en todos los espacios de vanguardia y opinión.

Por lo anterior es que hoy la discusión del financiamiento estatal no debe estar radicada solamente en las instituciones que tienen esta misma naturaleza, sino que en función del concepto anterior de Universidad Pública, se deben construir esquemas económicos que aseguren y potencien las instituciones que persiguen estos fines. Tenemos la profunda convicción en que sigue siendo esencial el apoyo estatal a la educación superior, aunque es preciso que estas instituciones emprendan una búsqueda intensa de fuentes de financiamiento alternativas. Sin embargo, sería un error esperar que el financiamiento alterno termine con la crisis actual de la educación superior y detenga el proceso de deterioro que ahora afecta a muchas instituciones, sobre todo en los países en vías de desarrollo.

Por ello tenemos que aumentar los mecanismos de asignación directa, y eliminar aquellos que generan asimetrías, como el AFI; y buscar modalidades de asignación de becas y ayudas estudiantiles que contribuyan al acceso y permanencia de nuestros compañeros en la Universidad.

He aquí la reflexión y el llamado a tomar en nuestras manos el futuro. Tenemos puesta nuestra esperanza en que la Universidad alcance una Educación de calidad, que contenga cualidades distintivas entre sus estudiantes reflejadas en su excelencia académica e integridad valórica. Es por esto que hoy renovamos nuestra mirada para enfrentar con solidez y pertinencia la formación de estudiantes líderes e integrales, conectados con la sociedad y responsables de su devenir.

Este año, se conmemoran los 25 años de la democratización de la federación de estudiantes de nuestra Universidad. Indudablemente un hecho histórico ya que fuimos pioneros en este relevante proceso del cual nos debemos sentir orgullosos. A este orgullo, debe sumarse la irrestricta defensa de los Derechos Humanos que caracterizó a esta casa de estudios durante ese oscuro período. Esta decidida postura no debe limitarse a la historia o a conversaciones esporádicas que nos recuerdan lo que como institución fuimos capaces de hacer. Esto debe ser presente y marcar las relaciones que como comunidad demandamos; donde el diálogo, la reflexión y la participación efectiva sean los pilares bajo los cuales construimos una universidad verdaderamente democrática.

Creemos en el gobierno estudiantil, tal como creemos en principios como la democracia y el respeto entre los hombres. Creemos en las instituciones y en el rol que juegan estas en el porvenir de la comunidad. Pero también creemos en la oportunidad que tenemos como estudiantes de superar las divisiones y desilusiones. Tenemos la responsabilidad de enmendar el rumbo con una nueva dirección, reconociendo la fuerza de la diversidad, organizando, trabajando y luchando por encausar los anhelos que nos unen, y enfrentar los desafíos mancomunadamente.

El móvil de las acciones humanas no debe ser solamente el interés. La idea, la verdad, apasionan también al hombre. Los sentimientos tendrán siempre un gran prestigio entre los hombres honrados, y su fuerza es la que ha de decidir en la lucha de los intereses opuestos. El interés no resuelve nada cuando no se ajusta a inspiraciones superiores; sólo sirve para desatar el odio.

La acción política necesita de la cantidad y de la calidad. La iniciación de un movimiento no debe depender del total de las fuerzas, sino de su calidad.

La renovación a que ha de aspirarse debe provenir de la espontaneidad del juicio propio, de manera que el hombre cambie o se modifique no al albor de las circunstancias sino después de reflexivo examen. Las inflamadas arengas de muchos oradores sólo propician el florecimiento de las pasiones, conquistando voluntades por obra de sugestión pasajera. Pero si la convicción no es honda y firme, la multitud puede torcer el rumbo en cuanto otro caudillo la encienda con mayor intensidad.

Tenemos fe y esperanza. Hoy es el momento en que debemos romper con la apatía y el egoísmo; en que debemos recuperar los espacios de discusión y formación que hemos desaprovechado; y de afrontar los puntos de contingencia con las herramientas del diálogo y la negociación por delante.

Tenemos la más profunda convicción de que el futuro está en nuestras manos; de que es posible dejar una huella en esta Universidad. Este es el momento de un cambio, en que debemos dejar de tomar la Universidad como es y empezar a construirla en pos de cómo debería ser, teniendo como horizonte el centenario institucional e inspirado en los valores de la Fe y el Trabajo. La esperanza no es el optimismo ciego, y es por eso que hoy más que nunca debemos estar dispuesto a volver a creer.